

Alberto Toscano

Fascismo tardío. raza, capitalismo y las políticas de la crisis

Madrid: Akal, 2025, 224 pp. Traductora: Ana Useros Martín

Parece fascismo... ¡y es que lo es!

¿En qué nuestro fascismo es tal, o llamarlo así es un anacronismo? ¿Cómo comprender su reclutamiento y sobre todo que recoja contingentes electorales -y hasta militantes- de la izquierda y sobre todo del liberalismo? En España, por ejemplo, intelectuales constitucionalistas, bastantes antiguos anarquistas o comunistas, son complacientes con una derecha que asume el programa de la extrema y centran sus denuncias en el fantasma de una izquierda *woke*. ¿Cómo pensar la vinculación entre el partido liberal/socialdemócrata Ciudadanos y sus electores que marchan a VOX? ¿No será que en realidad no se trata de fascismo? ¿No es más bien un ultraliberalismo que se enclava en un nuevo discurso victimista de los hombres blancos y en una xenofobia, de geometría variable, resultado de flujos migratorios?

El ensayo de Alberto Toscano reúne dos grandes virtudes para responder a estos enigmas. La primera deriva de una inteligente lectura de los análisis que la tradición marxista dedicó al fascismo. La segunda en ofrecernos un concentrado de la investigación histórica sobre el fascismo. A todas esas preguntas, y gracias a sus virtudes, el libro nos ofrece dos respuestas.

La primera es que sí, lo que viene y lo que está ya, es fascismo, porque este siempre ha tenido discursos diversos que se dirigían a clientelas ideológicas divergentes, entre las que se combinan defensores de la tradición, elites victimizadas y defensores de un capitalismo canalla y desvergonzado. Todo eso estuvo en el fascismo histórico, siempre y cuando no identifiquemos este de manera exclusiva con estereotipos, que no realidades, sacadas de los casos italiano y alemán. La segunda es que ese fascismo puede convivir con reglas liberales y democráticas, porque en una formación social conviven existencias reguladas por una juridicidad impecable, incluso protegidas por un Estado social generoso, junto a otras sometidas al desprecio y la vulnerabilidad, además de abocadas a la explotación más salvaje en espacios donde el derecho mira para otro lado.

Empiezo con la lectura de la tradición. Toscano asume la brillante advertencia de W. E. B. Du Bois de que el fascismo no es un estado definido, adornado por banderas y saludos, sino un proceso en el que sectores de la población viven o caen, a veces tras disfrutar de la protección de la ley y del Estado Social. En ese proceso colaboran distintas fracciones de clase. Por una parte, los empresarios que prefieren el reino del no derecho, pero también quienes disfrutaban de rentas específicas por pertenecer a una cultura hegemónica. Entre ellos, bastantes trabajadores que, renunciando a modificar el sistema social, encuentran sus enemigos entre quienes les disputan el mercado de trabajo, el mercado matrimonial y sexual o el espacio cotidiano. El proceso de fascistización circula en procesos difusos de extracción de *plusvalías de código*, concepto con el que Deleuze y Guattari analizaban la extracción del beneficio no capitalista¹. En este, las personas recibían privilegios y beneficios en virtud de un cierto estatus. Estos, lejos de desaparecer con los conglomerados históricos esclavistas y/o feudales, continúan codificando las relaciones en el mercado y permiten mejores accesos al beneficio, cierres de espacios en el espacio sexual y matrimonial o diferencias en las carreras profesionales.

En este punto, añado, el cuerpo juega un rol esencial, porque en él se vehiculan saberes médicos, morales y estéticos que encarnan la diferencia en las interacciones cotidianas. No extraña que esta fascistización vinculada con la plusvalía de código circule en sociedades ultramedicalizadas, súpermoralistas y ansiosamente moduladas por la exhibición corporal. El cuerpo sano, responsable y bello sustituye a la raza en el nuevo fascismo jerarquizando los accesos al empleo, a la consideración pública y a espacios donde encontrarse con otros cuerpos. Los microfascismos se encuentran en los cuerpos relegados en el trabajo, perpetuamente evangelizados por la ortodoxia corporal - verdadero engarce libidinal de la fascistización con las clases medias y obreras- y expulsados o violentados en las puertas de las discotecas o en los desprecios a las parejas interraciales -estas últimas, señaló Étienne Balibar, muestran de hecho que lo convivencia es posible y por eso los fascistizados las presentan, con infatigable constancia, como algo miserablemente abyecto. Basta abrir en redes sociales un argumentario *incel* para comprobar lo que digo.

Ciertamente, lo anterior no se encuentra en el libro de Toscano y procede de mi lectura, pero es absolutamente compatible con lo que nos enseña. El fascismo, explicaba Adorno, es absolutamente conformista con los rituales

¹ Ver sobre estas cuestiones, y en este mismo monográfico los trabajos de José Luis Moreno Pestaña (2026a) y Pablo Beas Marín (2026). Sobre la plusvalía de código y su tratamiento general dentro de las formas de explotación, José Luis Moreno Pestaña (2026b).

cotidianos y la estructura social y se inclina ante las diversas normas con el objetivo de hundir a quienes no pueden, no saben o no quieren hacerlo.

Esa intrascendencia se combina con una metafísica de baratillo que resulta absolutamente utópica, en el peor sentido de la palabra, y en este asunto brilla la lectura que Toscano nos propone de Ernst Bloch. El fascismo es utópico porque habla de un pasado idealizado. En nuestro tiempo encontramos la idealización de los diversos imperios -la Reconquista y la colonización en España, la République blanca en Francia, la América con industria y buenos obreros-. Esa ideología es de baratillo porque ignora las relaciones de fuerza que construyeron las imágenes que celebra. Basta revisar la idealización de la Europa con empleo y sanidad ensoñadas por los fascismos difusos que nunca explican que esa Europa resultó posible gracias al movimiento obrero -incluido el comunista- y a una derecha preberlusconiana que hace de la convivencia y el arreglo una señal de identidad.

Sobre la clase, Toscano previene ante un aspecto fundamental de la fascistización y que no es otro que la idealización de la clase obrera. En el centro del imperio, fracciones de la clase obrera gozaron de rentas de posición, tal y como mostraron Engels y Lenin cuando analizaban las buenas condiciones de los trabajadores en los centros imperiales. No se trataba solo de salarios mejores, sino como explicaba Du Bois, de los *salarios psicológicos* de la blanquitud, que hoy debemos analizar más allá de la formulación: la blanquitud existe, pero amplía el cromatismo de su racismo y se justifica en la salud, el cuidado y la belleza de los cuerpos ortodoxos.

Históricamente, el libro aporta una elucidación impecable. Lejos de ser incompatible con el liberalismo, Toscano muestra que funciona como su *Doppelgänger*. Lo soportan las poblaciones encarceladas, minorizadas en el empleo o insultadas en la civilidad cotidiana. Ese *Doppelgänger* se pasea en una estructura social estriada, donde los umbrales se abren y se cierran en virtud de la capacidad para expulsar, relegar o disminuir según criterios arbitrarios. El fascismo no es incompatible con el Estado de Derecho, sino que se forma en sus zonas de sombra. Junto a espacios guarecidos de fascismo, donde disfrutamos de la democracia e incluso de una protección cuasisocialista, de la cortesía y la aventura, en el que los cuidados del cuerpo, la estilización artística o el cultivo del alma son la norma, casi como si viviéramos en la utopía, se encuentran otros: espacios del agotamiento físico en el empleo, de acoso psicológico, de vulnerabilidad que permite el turismo sexual predominantemente masculino, aunque también femenino.

Las sociedades neoliberales no son neoliberales para quienes ganan: conviven quienes gozan de protecciones *soviéticas* -de sus empleos, de su sanidad, de su educación- con quienes reciben explotación, servicios degradados, sospecha y

desprecio en cada interacción. Y en esa experiencia surge lo que Toscano llama la libertad fascista. El fascista siente cada defensa de los desposeídos como un ataque a la libertad. El filósofo postmoderno, lector de la *French Theory*, se revuelve contra la regulación del servicio doméstico, el liberal distinguido, el pobre, contra la codificación del acoso sexual a la que acusa de hundir la vida erótica en Occidente, el consumista feroz contra los obstáculos ante sus ansias de comprar lo que pueda, sean cuerpos o sean títulos académicos. No en vano, nos explica el libro, Ludwig Von Mises celebró al fascismo como salvaguarda del liberalismo y razonamientos análogos, siempre más comedidos, cabe encontrar en el peor Ortega -aunque en el mejor se encuentran ideas claramente antifascistas: fundamentalmente la defensa de la gente media y común contra cualquier heroísmo. Toscano recurre a los trabajos de Fabio Frosini sobre el fascismo italiano y su construcción obsesiva de las aristocracias, tendencias que encontramos en espacios culturales que son una siembra existencial de fascismo. El fascismo no es, como señala la a menudo sobrevalorada Hannah Arendt, el fin de la libertad sino su instauración mediante la explotación y el maltrato. Así no extraña que el fascista haya sido siempre un rebelde, aunque no contra el sistema sino frente a quienes tener garantías contra su libertad, una libertad a la que Juan Carlos Rodríguez caracterizaba como libertad para explotar. En estas páginas brillantes de Toscano sobre la libertad fascista viene a la mente el Pier Paolo Pasolini de *Saló*, el que identificaba a los fascistas como los verdaderos anarquistas. Claro está, no los aparejaba con el anarquismo obrero y cooperativo, sino con el anarquismo de los transgresores constantes... sobre todo de los derechos y las protecciones de los demás. Pasolini aparece en el libro de la mano de Foucault y sus pullas, comprensibles, contra la erotización del fascismo en el cine. Quizá en ese brillante capítulo que Toscano consagra al fascismo y al eros, los círculos del infierno fascista pasoliniano (mierda, placer y sangre) aportan una reflexión sobre la articulación entre humillación, libido y violencia que se encuentran en la base de los apegos ultraderechistas. No olvidemos que Pasolini hablaba tanto -o quizá menos- del fascismo que de la sociedad de consumo capitalista (Moreno Pestaña, 2025).

El libro perfila los mecanismos íntimos del fascismo de entre los cuales rescato dos. De la mano de Furio Jesi aprendemos que la cultura derechista seduce con su brutalidad gratuita, tanto en el campo familiar como en el social o político. Ese lujo del desprecio, del desdén sin palabras, del abandono sin argumentos, del vacío sin explicaciones, del insulto, fabrica los fetiches de la virilidad y la autenticidad, tan comunes en la cultura extremista y, añadido, no solo en la fascista. Este mecanismo es esencial. La cultura neoliberal, así se me presenta, extiende estos comportamientos de violencia sin palabras, de palabras caprichosas, de subjetividades acorazadas en su chulería donde el fascismo se

vuelve cotidiano, aunque quien lo practique se tenga por alguien progresista o incluso un integral de izquierda (más de izquierda que él y mueres de izquierdismo). El segundo mecanismo es el de la delegación de la violencia hacia un Estado que te permite conseguir lo que otros tenían. Es Foucault quien subraya que el fascismo ayuda a obtener rentas cotidianas apartando competidores. Estos dos mecanismos son esenciales para comprender la continuidad entre la violencia fascista y la explotación cotidiana, la cual, como enseñaba Balibar, siempre tiende a deslizarse hacia la sobreexplotación que colapsa los cuerpos y degrada los espíritus. Este número de *Sociología Histórica* aporta una enorme evidencia científica sobre las explotaciones desquiciadas bajo las apariencias de empleos de clase media, por no hablar ya de los empleos proletarizados en los que siempre se extrae una enorme plusvalía. Aquí importa y mucho utilizar un concepto de intimidación adecuado a las raíces compuestas de nuestra experiencia interior. La tesis de Gramsci sobre la personalidad como bloque histórico o de Juan Carlos Rodríguez sobre el inconsciente ideológico necesitan ser valorizadas frente a una teoría social extremadamente homogeneizada por el psicoanálisis (Moreno Pestaña, 2026c).

Con esos mecanismos, Toscano ayuda a comprender el *fascismo popular*, que puede situarse una miríada de explotaciones entre los casi similares, y en las que los globalmente explotados eligen concentrarse en las “miserias de posición” (Bourdieu) dentro de su entorno, en los pequeños conflictos con quienes se encuentran más próximos y fijar en esos dolores las claves de todo su sufrimiento y el objeto de su rabia. Pero no son solo espacios de miseria de posición sino también de pequeños capitales buscando valorizarse, así que debemos terminar de hablar del neoliberalismo como un espacio de pobreza material. Los créditos al consumo, el *keynesianismo de precio de activos* vincula a los agentes con el poder de compra y estos asumen ser explotados como trabajadores siempre y cuando puedan, y pueden, explotar ellos como consumidores. A su vez, el fascismo nace de la extensión de la competencia en cada entorno social, entre los cuales los campos culturales ofrecen una muestra superlativa. E importa señalarlo porque la extensión del capital cultural introduce sus dinámicas incluso en los empleos más modestos (Peist, Carballo, 2026). No existe individuo, incluso el más ineficiente, que no se sienta genio maltratado, no insulte a los y no conspire constantemente no se sabe bien para qué. La obsesión corporal, condición íntima de una competencia sin freno -a menudo por la nada- promueve el individuo ultramovilizado y nihilista, cuyos objetivos, amistades, parejas y proyectos cambian en cada angustia a la que lo aboquen los juegos de la miseria de posición o de pequeños capitales en búsqueda de engrandecimiento. En esa angustia la cooperación se vuelve imposible, la soledad se autoimpone y la rabia siempre aumenta. El fascismo, precisa Toscano, habla desde tres tiempos. El del conservadurismo

reaccionario, el del futuro radiante (que advendrá cuando seamos de nuevo lo que supuestamente fuimos) y la economía de guerra, la cual se gradúa en la hostilidad, la persecución hasta desembocar en la aventura militar. Siendo así la realidad, el fascismo tal vez gane o no en votos, pero quizá sea lo menos importante: ya ha ganado en los cuerpos y los cerebros.

REFERENCIAS

BEAS MARÍN, P. (2026): “Cosificación y plusvalía de código: la cinta de Möbius de la explotación”, *Sociología Histórica*, vol. 16 (1).

MORENO PESTAÑA, J. L. (2025): “Saló o el fascismo según Pasolini”, <https://revistacomun.com/blog/salo-o-el-fascismo-segun-pasolini/>

MORENO PESTAÑA, J. L. (2026a): “Sobre el cuerpo, la explotación económica y la explotación cultural”, *Sociología Histórica*, vol. 15 (2).

MORENO PESTAÑA, J. L. (2026b): *Los dos cuerpos del trabajo. Una teoría de la explotación*, Madrid, Akal.

MORENO PESTAÑA, J. L. (2026c): “Juan Carlos Rodríguez in Western Marxism: The Singularity of the Theory of the Ideological Unconscious”, *Historical Materialism*, 33 (2).

PEIST ROJZMAN, N., CARBALLO RODRÍGUEZ, F (2026): “Bodies and work: A Study of Employment in the Service and Cultural Sectors”, *Ethics, Politics & Society* (en prensa).

José Luis Moreno Pestaña

Universidad de Granada